

# LETRAS ARTES

# Pommainre

# CIENCIA

AÑO I — Nº 7

Santiago, de Chile, Julio-Agosto de 1957

\$ 50.—

## ALFONSO LENG, humildad y asombro

Por Daniel Quiroga

Alfonso Leng Haygus, vestido con delantal blanco y atendiendo su consultorio de dentista o desempeñando una cátedra en la Facultad de Odontología, fue sorprendido este año con el Premio Nacional de Arte. El Jurado presidido por el Rector de la Universidad de Chile, Juan Gómez Millas, y que integraban Alfonso Letelier, Decano de la Facultad de Música; Elisa Gayán, representante del Ministerio de Educación; Domingo Santa Cruz, delegado de la Asociación Nacional de Compositores, y Carlos Melo Cruz, delegado de la Sociedad de Compositores, dio su voto unánime para la honrosa distinción conferida al autor de "La Muerte de Alsino".

Ya hace años, se hablaba entre los músicos de dar a Alfonso Leng el Premio Nacional de Arte. Los rumores llegaron a su conocimiento y en una carta pública expuso el autor de "Las Doloras" que no permitiría que su nombre pudiera entrar en tal discusión, ya que, a su juicio, "esa distinción debe recaer en un músico profesional, no en un aficionado". Esta vez, el "aficionado" no tuvo tiempo de reaccionar, porque la decisión del Jurado fue rápida. Pero también fue justa.

Alfonso Leng, nacido en 1884, enlaza con su vida y su obra un período de transición en el desenvolvimiento artístico chileno. A él, como a otros músicos, pintores, poetas y escritores, le correspondió recoger una herencia romántica, salvar lo mejor de sus esencias y proyectarlas hacia el presente, inaugurando el modernismo por medio de una nueva sensibilidad antes que por una doctrina estética determinada. Un vistazo al ambiente musical chileno de fines del siglo pasado nos ayudará a comprender mejor.

Nuestro centenario Teatro Municipal era por entonces el foco absoluto de la vida artística y musical santiaguina. Largas temporadas de ópera italiana mantenían al público de entonces al día con la producción operística italiana y francesa, a todo costo, como que se importaban los conjuntos completos, desde "los divos" al último corista. Chile vivía euforia minera y gastaba alegremente sus fáciles dineros. La sociedad adoraba las gargantas privilegiadas, al extremo de arrastrar sus coches por la calle, y de colmar con joyas y otros obsequios, que publicaban los diarios de la época) a las "prima donna" o al artista de sus preferencias. El año en que nació Alfonso Leng, actuaba en Santiago la compañía Savelli, que debutó el 15 de mayo y terminó el 4 de noviembre, con un total de cien funciones. Además del repertorio habitual de Bellini, Donizetti, Verdi, Ponchielli y Meyerbeer, ese año se dieron a conocer al público "Carmen", de Bizet, y "Ero y Leandro", de Bottesini.

Toda esta afición lírica había creado una estimación errada en cuanto a la vida musical. Teníamos ópera, pero no conciertos; se admiraba a los cantantes y se estimulaba el "bel canto", pero no teníamos compositores; gastábamos con largueza en traer todo de fuera, pero nuestro Conservatorio era sólo una modesta escuela preparatoria de músicos para el Teatro o de futuros "divos". Cuando Alfonso Leng y otros jóvenes de su edad se acercaban a los veinte años, las cosas artísticas no habían cambiado mucho. Pero ellos sentían en su interior la necesidad de cambiarlas. Eran inquietos, estudiaban y leían; en un mundo sin radios, sin aviones, cada barco que llegaba traía a su curiosidad el envío de alguna editorial europea, con textos musicales, ediciones, partituras. Mostraban un universo que Chile, en su generalidad, ignoraba. Todavía entre nosotros no se habían ejecutado todas las sinfonías de Beethoven, ni

las Cantatas de Bach; se desconocía la música renacentista, y del romanticismo ni Brahms, ni Schumann eran cosa gustada. En tiempos en que Leng se decidió a ir al encuentro de la música, el estado musical de Santiago (y de Chile) se sintetiza en este párrafo escrito por el maestro Esteban Giarda en una de sus conferencias:

"El año 1905, en que llegué a Chile, no existía ningún compositor de música. Cuando al año si-

guiente quise iniciar los conciertos clásicos, todos me desanimaron, diciéndome: "Aquí no se dan nunca conciertos; años atrás se fundó un cuarteto que no tuvo aceptación. Renuncie a su idea, porque irá al fracaso, ya que aquí sólo gusta la ópera. El Teatro Municipal es el único atractivo del público".

Leng se reunió con otros amigos músicos natos como él. Formaron una tertulia musical en que se discutía, estudiaba y se analizaban partituras. Llevados por su intuición y su amor a la música verdadera, desfilaron ante sus ojos las sonoridades mágicas de Debussy, de Ravel, de Caryl Scott, y aun de Schoenberg. Su reacción contra el medio ambiente les llevó a despreciar la enseñanza conservatoril, y Leng sólo durante algunos meses asistió a clase de composición. De allí en adelante caminaria solo. Tenía algo en su favor y es lo que su amigo y compañero Alberto García G. llamó una vez "conocer la técnica del arte antes de aprenderlo en los libros". Alberto García Guerrero y su hermano Eduardo, fueron no sólo íntimos amigos de Leng sino que, como él, lucharon en su tiempo por abrir camino en Chile a la música de calidad y a los primeros albores del modernismo. Era el camino que seguirían con ellos Cotapos, Lavín, Bisquertt y los Allende. Dictando conferencias, ejecutando obras, actuando con autoridad en la crítica musical, los García Guerrero impulsaron en gran manera el desarrollo del gusto por la música, en una época en que todavía no había orquestas sinfónicas ni temporadas de conciertos permanentes. Leng recibió de ellos el impulso de renovación y el estímulo para sus primeros pasos como compositor. Junto con los primeros años de este siglo, comienzan a aparecer las composiciones de Leng. Trátase del intento abandonado de realizar la ópera "María", sobre la novela de Isaacs, o de las tempranas "Doloras" para piano, lo que sorprende en Leng es la personalidad de su acento, hecho de una pieza. Cierta romanticismo fundamental, envuelto en un colorido armónico muy suyo, se desprende de sus temas y melodías escogidos con nobleza. Así la serie de "Heder" para voz y piano, con textos alemanes, franceses y castellanos; pertenecen a lo mejor de su pluma. Uno de ellos, "Cima", traduce con vigor el exaltado acento de Gabriela Mistral. Leng, vinculado al grupo de renovación artística denominado "Los Diez", cultivó gran amistad con el escritor Pedro Prado. De la admiración hacia su obra surgió el poema sinfónico "La Muerte de Alsino", estrenado por Armando Carvajal en los albores del movimiento de renovación musical que habría de conducir a la actual organización de nuestras actividades musicales. Otra obra sinfónica, admirable como concisión, como expresión intensa a través de la máxima simplicidad de medios es "Canto de Invierno". También destaca la "Fantasía para piano y orquesta". Aun dentro de su personal modo de expresión sonora, la "Sonata para piano" (1950) es un avance, una decantación maestra de sus facultades creadoras.

Leng, "músico aficionado" como él se llama, no vive ciertamente de la música. Pero no es aventurado sostener que vive para ella. Le dio y le da cuanto tiene, y es mucho: el orgullo de una personalidad que no sabe de halagos; la solitaria búsqueda de un camino en desafío del medio ambiente; la sinceridad creadora, libre de fórmulas y de modas. Al entregarle el Premio Nacional de Arte, el Jurado distinguió el fruto valioso de una voluntad, un talento y un esfuerzo singulares en el proceso de dignificación de la música chilena en este siglo.

DANIEL QUIROGA.



### SUMARIO

Teatro, por Sergio Vodanovic	2
Vicuña Mackenna, por Gabriel Sanhueza	3
Nerón, por Germán Arciniegas	4
Marian Anderson, por C. van Vechten	6
Palabras Cruzadas	7
Manuel Rojas, por Gustavo Labarca G.	8
Una página de "Hijo de Ladrón"	10
Los Cien Años de Conrad	11
Poetas de América: Vincent Benet y Ómez Correa	12
El mes de los libros, por Plinio Tercero	13
Exposiciones, por Victor Carvacho	14
Cuando la ciencia médica era magia	16